

hoy escribe

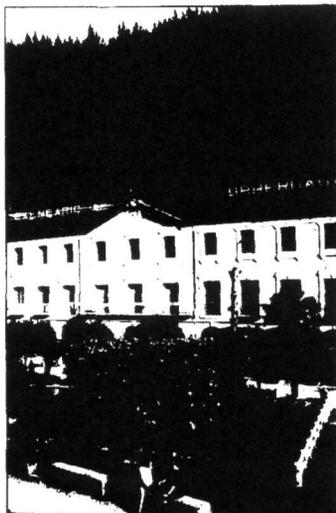
Antonio Alvarez Solís (\*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

Los balnearios

Me invitan a pasar unos días en un balneario de Cuenca. Pienso ir. Ya el año pasado permanecí cuatro jornadas en Cestona y la experiencia resultó magnífica. Como ahora estas cosas se pueden y se deben contar, a fin de intensificar la formación colectiva, incluso anotaré que tuve dos o tres erecciones, lo que siempre es muy apreciable en un hombre de sesenta años. Cestona tiene además la inmensa ventaja de estar a treinta minutos del restaurante de Arzak y a poco más del de Jaizubía, inmensa catedral gastronómica en Hondarribia o Fuenterrabía. Es decir, todo lo pesado que es hacer salud durante dieciocho o veinte horas queda compensado por la explosión vital que ambas cocinas producen. Ciertamente es que en el balneario de Cestona se come también de modo excelente, lo que contribuye a equilibrar los beneficios salutariferos, quizá excesivos, que confieren sus aguas.



Lo que me ha sorprendido de los balnearios es la afluencia de gente joven a ellos. Los jóvenes, generalmente en parejas, deambulan por los balnearios con un aire sosegado que contrasta con la enloquecida vida que suelen llevar en la ciudad, en la que proceden con un movimiento tan frenético como inútil, pues no les conduce a ningún lugar, que se sepa. Yo creo que los jóvenes acuden a los balnearios en busca de oscuras raíces que de alguna forma les compensen de su estancia en un mundo en el que muchos de ellos evidentemente sobran. Pues bien, en los balnearios esos jóvenes aprenden que vivir con fruto no es más que un ejercicio de interiorización en uno mismo y en el paisaje hasta producir en el alma la sensación de que el movimiento ha cesado. Esto, que de alguna manera lo sabemos los veteranos supervivientes, a ellos parece generarles ese intenso placer que suscita el momento en que volviendo la vista atrás des-

cubrimos el propio trasero, ejercicio que recomiendo por sus efectos sedantes y su sugestión ideológica. La vida actual nos impide, entre otras posibilidades sustanciales, contemplarnos el propio culo, fuente de ternuras e imaginaciones que nos elevan sobre la pobreza moral circundante. Yo creo que en las antiguas casas de citas de cierto precio abundaban los espejos a fin de que los clientes pudieran contemplarse el trasero mientras hacían el amor, lo que apareja dos consecuencias inmediatamente benéficas: el incremento de la imaginación erótica y la seguridad de que uno no es más que algo tan modesto como

un culo en busca de elevación.

Pero éste es otro tema y no quiero desviarme.

Lo que quería decirles es que mi regreso a los balnearios tiene por objeto soslayar, entre otras cuestiones, la faramalla del lenguaje moderno que usan los políticos, los economistas y otros expertos. En un balneario la palabra inflación pierde totalmente su sentido, las proliferas parrafadas del Sr. Solchaga carecen totalmente de estatura y el humor de Alfonso Guerra ofrece un aspecto lamentable de falta de sutileza. Conste que cito a tres ciudadanos irrelevantes a modo de ejemplo, pues no quiero ni imaginar lo que haría la Sra. Preysler en Beteta, lugar para cuyo disfrute me estoy preparando con largos ejercicios espirituales de situación. En suma, que ir a un balneario es entregarse a la búsqueda del tiempo perdido, hoy mucho más perdido si atendemos a esta sensación dado el presente que disfrutamos.

Ahora bien, si ustedes me aceptan un consejo de urgencia les diré que en los balnearios tampoco hay que excederse en el uso de sus instalaciones higienizantes, pues esto puede llevar a un frenesí desequilibrador del estado de placidez que supone al situarse en un lugar que no cabe en los relojes presentes. Yo mismo no me apliqué ni un solo día los magníficos barro de Cestona porque el río que bebía en San Sebastián hasta las dos o las tres de la madrugada me obligaba a dormir durante el horario que las instalaciones balnearias dedicaban a barro y aguas. Quiero suponer también que un río bien bebido comporta una serie de barro que ha transformado excelentemente la uva.

(\*) Periodista. Escritor

Jatea daukate

Preso abertzaleek «txapatuta» gelditzea erabaki dute. Bestela esanda, gartzelaz kanpoko harremanak oro etetea. Jokabide gogor honek, halere, ezer gutxi hunkitu ditu progreak eta postmodernoak; gauza ezaguna denez, euskal presoek Herreran eta gainerakoetan bizimodu aparta baitaramate: «gozan de un régimen privilegiado», omen...

Presoek beren burua «txapatu» dutela? «Nahi izan dutelako». Orain dela urte batzu «gartzelatik irten nahi ez zutela» erabaki zutenen bezala. Bitxikeriak.

Orain dela zenbait urte, gose-opor lazgarrian, IRAko eta INLako hamar eiretar hil zirenean, esaldi famatu hura bota zuten Mss. Thatcher: «Jatea daukate».

Jukutria maltzurra: arazo objektiborik ez dago. Herri-borroka latza, tema subjektibo bihurtzen da, eta sakrifizioen gakoak ahanzten. Bide beretik, euskal nazio arazoa, txapatuta segitzeko bostehun «sasi-salbatzaile»-ren seta funsgabe bilakatzen da.

Eta hurrengo urratsa ez da luzatzen: «Dar la vida por una idea... Eso ya no se lleva, está superado». Eta askapen-helburuak lortzekotan bizia arriskatzen dutenak, barragarri dira, gizarajo batzu. Zinismoa gidari, mutlak!

«Denaz barre» horrelakoe? Ez horixe. Algaren iturburu, enkas, zapalduen eta ahulen lepora. Zezenetako kapa gorriak, adibidez, ikurrin gorri berde bihurtzen dira; eta ez piperpoto gorri-hori. Postmodernoen ezagutaria, jakina denez, ez baita ausardia, agintarrien zurikeria lotsagabea baizik.

«Jatea daukate»...

Aquí no pasa nada. Mss. Thatcherék jarraitzaile asko dauka postmodernoen artean. Gisa da.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Llodio: desprecio a la ley

(«ABC»)

En vulneración franca y desafiante de la ley, la Corporación municipal ha decidido que la ikurriña ondee en solitario, durante las próximas fiestas patronales, en la localidad alavesa de Llodio. (...)

Esta deliberada agresión a los sentimientos de la comunidad nacional, este zafio exabrupto paleto, transgrede el artículo cuatro de la Constitución Española y la legislación que lo desarrolla, regulando la exhibición de las enseñas nacionales y locales. (...)

(...)

Si fuese la enseña regional la agraviada, ¡hasta dónde llegarían los lamentos! La exacerbación nacionalista, el fanatismo, las liturgias más aparatosas, el nauseabundo racismo apenas encubierto se legitiman, y hasta pretenden adornarse de prestigio «progresista» cuando se circunscriben al ámbito aldeano de lo diferencial.

Como cada verano, el separatismo pretende perturbar e instrumentalizar las fiestas populares declarando la «guerra de las banderas». Las restantes fuerzas políticas —y con responsabilidades muy singulares los nacionalismos

democráticos— tienen el deber de contribuir a evitarla, aunque sea a través del insatisfactorio subterfugio de convenir la no exhibición de bandera alguna. Pero allá, como en Llodio, donde el abertzalismo pretende imponer coactivamente su ilegal voluntad, el Estado tiene el insoslayable deber de impedirlo.

Vacaciones

(Gabino Eraso, «Navarra Hoy»)

(...) Es, no nos hagamos ilusiones, que la sociedad de consumo, también, ha invadido nuestras vacaciones. En primer lugar, todos aprovechamos para las vacaciones el tiempo del verano. Y dentro de este tiempo del verano, la casi mayoría aprovecha el mes de agosto. Todo ello hace que, durante este periodo de vacaciones, nos encontremos, las más de las veces, con el mismo amontonamiento, la misma masificación y el mismo agobio de cada uno de los días del año. Por otra parte, al tener que salir al paso de la demanda masiva, se ha edificado, por acá y por allá, como el tresbolillo. Urbanizaciones odiosas, que, demasiadas veces, han roto la armonía del paisaje, ya sea de monte, ya sea de playa.

El caso es que, según ciertos estudios sociológicos y psicológicos, es demasiada la gente que vuelve de

sus vacaciones más agotada que cuando fué. Queramos o no queramos, la cultura masiva y del consumismo ha invadido, también, nuestro tiempo de vacaciones. Y esto es así porque, sencillamente, la masificación y el consumo no dan lugar a excepciones.

Siete millones de locos

(Encarnación Valenzuela, «Navarra Hoy»)

En España hay siete millones de locos que, como tienen más dinero

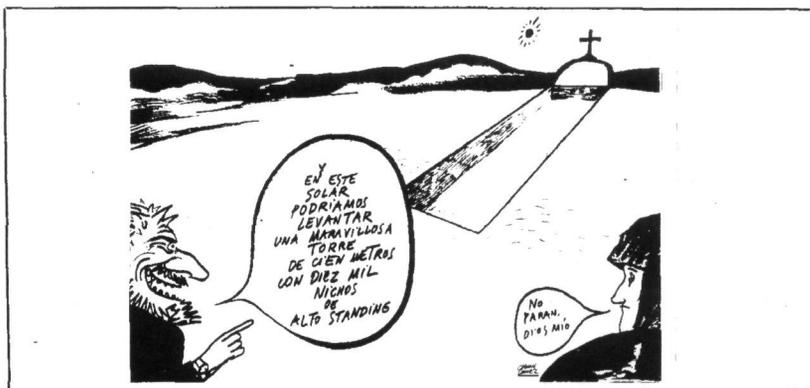
que nunca, se han comprado más coches que nunca, les llenan los depósitos de gasolina constantemente y se lanzan a las carreteras como si fueran «fitipaldis» dispuestos a llegar, todos ellos los primeros, a la meta de las quinientas millas de Indianapolis.

Esa es la versión oficial de por qué el pasado mes de julio se batieron todos los récords nacionales anteriores de muertes en carretera, 635, lo que supone un aumento del 26 por ciento respecto a julio del año anterior.

Siete millones de automovilistas

recorrieron el país en ese mes y, según afirma la Dirección General de Tráfico, la causa del incremento hay que buscarla en que «ahora hay más coches en circulación».

Teoría preocupante por cuanto da por supuesto que conforme los españoles nos compramos más automóviles, iremos matándonos más los unos a los otros, hasta llegar, por aquello de la progresión geométrica, al momento en que haya dos coches en cada hogar español y apenas gente que conducirlos: más de la mitad de sus dueños estarán en los cementerios.



«El Independiente»